

Las bitácoras del Salón de Nunca Más de Granada: efectos transformadores de una escritura no mediada

Marda Zuluaga-Aristizábal*

Resumen

El artículo se ocupa de los procesos de transmisión y elaboración de un pasado violento llevado a cabo a través de las bitácoras del Salón del Nunca Más, lugar de memoria del conflicto armado colombiano ubicado en el municipio de Granada (Antioquia, Colombia). Se analiza la particular relación con la escritura que se da en un poblado semirural en el que el mayor número de víctimas fueron campesinos con bajos niveles de escolarización, y el uso que de ella hacen para dar cuenta de los impactos del conflicto sobre sus vidas. Se sostiene que en estos escritos es posible rastrear, además, procesos de elaboración subjetiva acerca de las violencias vividas. Por último, con base en los mensajes dejados por terceros en las bitácoras o en los libros de visitas, se deducen posibles efectos de resignificación y reconciliación de esa intimidad doliente que se hace pública en el Salón del Nunca Más. Estos contenidos derivan de la investigación *Palabras para los ausentes. Análisis de representaciones y narrativas presentes en las bitácoras del Salón del Nunca Más (Granada, Antioquia)*.

Palabras clave

Colombia, conflicto armado, violencia, bitácora, escritura, comunidad, mujeres, reconciliación, memoria

Recepció original: 24 de novembre de 2021

Acceptació: 15 de febrer de 2022

Publicació: 1 de juny de 2022

Contextualización¹

En Colombia, con sus carreteras precarias y sinuosas, la distancia entre lugares no se mide en kilómetros sino en horas. A casi dos de la ciudad de Medellín, reconocida como la segunda en importancia del país, queda Granada, un pueblo que no llega a los 10.000 habitantes y que, según datos del Centro Nacional de Memoria Histórica, registra alrededor de 2.500 víctimas, entre muertos, desaparecidos, mutilados por minas, agredidos sexualmente, secuestrados (CNMH, 2016, p. 19); esto sin contar con las víctimas de desplazamiento forzado. Junto a San Carlos² y otros municipios del oriente antioqueño fue uno de los lugares más golpeados por la guerra entre distintos actores armados: las

(*) Profesora asistente del Departamento de Psicología de la Universidad EAFIT. Estudió Psicología en la Universidad de Antioquia (Colombia); es Mg. en Historia y Memoria, y Doctora en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina). Sus intereses investigativos incluyen el análisis crítico del discurso, la identidad personal y colectiva, los vínculos entre arte y psicología y la memoria histórica del conflicto armado colombiano, especialmente desde la perspectiva narrativa. Dirección electrónica: mzu-lua12@eafit.edu.co

(1) El artículo es resultado de la tesis doctoral *Palabras para los ausentes. Análisis de representaciones y narrativas de las bitácoras del Salón del Nunca Más del municipio de Granada, Antioquia*. Universidad Nacional de La Plata (Argentina), 2019.

(2) San Carlos queda a escasas dos horas de Granada y fue uno de los municipios con los índices más altos de desplazamiento en la primera década del año 2000. Según el Centro de Recursos para el Análisis de Conflictos (CERAC), San Carlos y Granada vivieron el conflicto con alta intensidad y estuvieron fuertemente afectados. En Granada, el conflicto se considera interrumpido mientras en San Carlos se califica como permanente. Al respecto, véase: https://docs.google.com/spreadsheets/d/1ITvbEU79Ok_GhaDmN12mCeHBFfzoa4GfNT68wyAnXo/edit#gid=1514359174 [acceso: 31.5.2021]

guerrillas del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército Nacional y dos bloques de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Entre las razones que explican el interés de este territorio por los actores armados están sus grandes riquezas hídricas, la fertilidad de sus tierras y el hecho de encontrarse conectados con corredores geográficos que llevan a regiones estratégicas.

Los eventos violentos más reseñados en medios de comunicación son dos, que corresponden a dos hechos acaecidos a finales del año 2000. El primero es una masacre perpetrada el 3 de noviembre de ese año por un apéndice del Bloque Nutibara de las AUC, que operaba en la ciudad de Medellín y que, desde ese momento, adoptó el irónico nombre de *Héroes de Granada*. Asesinaron a 19 personas que estaban en distintos lugares del pueblo, sin sistematicidad alguna (CNMH, 2016, p. 18). Poco más de un mes después, en retaliación por este acto, la guerrilla de las FARC realizó una toma armada del casco urbano del pueblo. Inició con la detonación de un coche-bomba con 400 kg de explosivos y se prolongó por dieciocho horas en las que 500 hombres se enfrentaron con unos 40 policías que había en el Comando municipal y lanzaron artefactos explosivos que dejaron el pueblo semidestruido, un saldo de veinte muertos y decenas de heridos. Fue el inicio del período más crudo de una guerra que ya llevaba más de una década afectando al municipio.

Allí, como en otros lugares del mundo, fueron las mujeres las que comenzaron a organizarse en pequeños grupos para apoyarse en medio de la barbarie, hacer actos simbólicos de resistencia –como la marcha de la luz, que se realiza el primer viernes de cada mes en conmemoración de las víctimas del pueblo– y reclamar atención por parte de los gobiernos local y nacional ante su situación. Después de varios años de trabajo entre habitantes de varios municipios de la región que integran la Asociación de Mujeres de Oriente (AMOR), se conformó en Granada la Asociación de Víctimas Unidas por la Vida (ASOVIDA), en la que confluyen hombres y mujeres que han sido afectados de manera directa por la guerra. Tras un proceso de capacitación con el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), que incluyó la formación como promotores de vida y paz, y la realización de talleres en los que se promovía el valor de hacer memoria de los hechos vividos, la Asociación decidió instaurar un sitio para tal fin: de esa forma nació el Salón del Nunca Más.

El Salón de Nunca Más

Este lugar existe desde el año 2009 y funciona como un espacio permanente en la Casa de la Cultura Ramón Eduardo Gómez, donde hay también biblioteca, un pequeño museo de ciencias naturales, cancha, salones para actividades artísticas y un auditorio en el que sesiona mensualmente la asamblea de ASOVIDA. Dos son los componentes principales del Salón: el muro situado en el costado opuesto a la entrada, tapizado con las fotografías de cientos de muertos y desaparecidos (Imagen 1), y las bitácoras (Imagen 2) correspondientes a cada uno de ellos³.

(3) Pese a la importancia de los procesos simbólicos y culturales que confluyen allí, el estado de la edificación es lamentable y, durante la pandemia por COVID-19, cuyos inicios coincidieron con una fuerte ola invernal, goteras y humedades causaron daños importantes en las bitácoras que alberga el Salón. Al respecto, véase

Imagen 1. Muro de fotos del Salón del Nunca Más



Fuente: Marda Zuluaga, 5 de marzo de 2017

Imagen 2. Bitácoras



Fuente: Portal Oropéndola, del Centro Nacional de Memoria Histórica, s.f.

Las bitácoras son cuadernos a los que se les hizo un tratamiento especial, caracterizados por una carátula negra, de cuero, en la que reposa una reproducción en miniatura de la misma foto que hace parte del muro. En ninguno de los dos casos son visibles de manera inmediata los datos de las personas, y sólo un pequeño espacio entre las fotografías de la pared separa a las víctimas de desaparición de aquellos de los que se tiene certeza que perdieron la vida. En el caso de las fotografías en el muro, fue decisión de los familiares que no se incluyeran allí sus nombres. Las bitácoras tienen una ficha de

el artículo «Una memoria que desaparece», publicado en un medio de opinión en el año 2020: <https://alponente.com/una-memoria-que-desaparece/>

identificación al final del cuaderno, entre dos cartulinas que ofrecen refuerzo para su manipulación, pero es tan pequeña y está en un lugar tan poco llamativo que difícilmente son vistas por alguien que se limite a la lectura de las páginas escritas de cada bitácora. La ficha incluye el nombre de la persona, el tipo de victimización (las categorías empleadas son homicidio, masacre o desaparición) y la fecha.

El rostro y nada más es lo que se presenta a los visitantes, lo que se corresponde con una intencionalidad explícita de los organizadores de la exposición permanente: establecer una conexión desde el sufrimiento, sin hacer una separación entre «víctimas inocentes» y «caídos en combate» o entre «buenos» y «malos», por mencionar solo algunas de las formas como ellos se refieren a esa decisión cuando se indaga al respecto.

De acuerdo con Gloria Quintero⁴, una de las encargadas actuales del Salón, este fue concebido de manera participativa en las primeras reuniones de ASOVIDA, con la asesoría y acompañamiento de personal del CINEP y, en especial, de la artista plástica Lorena Luengas (2011). A partir de una iniciativa que se había venido materializando espontáneamente desde la Personería del municipio (entidad de carácter público cuyos funcionarios velan por el respeto a los derechos humanos, entre otras tareas), adonde algunos pobladores llevaron fotografías de seres queridos víctimas de desaparición o asesinato, Luengas propuso la confección de unos cuadernos especiales en los que se contara la historia de vida de cada persona: su nombre completo, fecha de nacimiento, lugar de residencia, composición familiar, actividades a las que se dedicaba, gustos, etc.

Sin embargo, rápidamente, las familias y la comunidad les dieron un uso diferente al meramente biográfico y empezaron a utilizarlas como una suerte de canal de comunicación directa con sus seres queridos. A veces parecen escribirles cartas, y en otras ocasiones, por el tono empleado y el tipo de anécdotas narradas, da la impresión de estar asistiendo a una conversación familiar que bien podría darse al final del día mientras se comparte la cena: los hijos le cuentan a sus padres lo que hicieron en el día, cómo les fue en el colegio, si están enamorados; las mujeres le piden a los esposos que intervengan para frenar el mal comportamiento de alguno de los hijos; los sobrinos pasan a saludar a tíos que no conocieron pero de quienes han llegado a saber a través de los relatos familiares.

Quienes escriben son, en su mayoría, infantes, jóvenes, mujeres adultas o ancianas, de arraigo campesino, pobres, con bajos niveles de escolaridad. Resulta llamativo que en una comunidad con estas características haya sido un dispositivo basado en la escritura el que se volvió emblemático de su lucha por la memoria, en lugar de murales, telares u otros formatos de expresión que se han empleado con sectores vulnerables en otras regiones del país. Es significativo porque cuestiona algunas certezas academicistas: por un lado, que la escritura es opresora, exógena, impuesta siempre por algún tipo de poder y, por el otro, que *ellos*, las víctimas pobres, marginales, precisan que alguien *les dé voz*, según una fórmula que se repite insistentemente en trabajos llevados a cabo por profesionales de las ciencias sociales y la comunicación, volveremos sobre esto más adelante.

(4) Gloria Quintero. Entrevista realizada por Marda Zuluaga en enero de 2017.

Recordar sin señalar

En consonancia con lo que caracterizó el proceso seguido por víctimas y sobrevivientes de Granada, signado por la creación de espacios de encuentro regulares, en los que la afectividad pudiera desplegarse y los relatos personales fueran protagonistas, el Salón del Nunca Más ha buscado ser un lugar de reunión y de creación. En palabras de Gloria Elsy Ramírez, presidenta de ASOVIDA: «la misma gente quiso formar un espacio físico donde tuviéramos a nuestros seres queridos para recordarlos siempre» (Salón del Nunca Más, 2013). Gloria Quintero, asociada también y una de las principales voluntarias dedicadas a mantener abierto y en funcionamiento el espacio, en la entrevista de enero de 2017, añade que el Salón es un referente para el pueblo y que la gente lo trata con respeto e, incluso, reverencia: hay quienes se persignan antes de entrar, los varones se quitan el sombrero al pasar, las madres se acercan a la puerta cuando van para la misa (pues el Salón queda cerca de una de las parroquias principales) o a hacer sus diligencias y les lanzan bendiciones y besos a sus hijos.

Un lugar de dignificación y no de memorias militantes

Las mujeres que han estado vinculadas al Salón desde el principio usan recurrentemente una palabra que es común en los grupos de víctimas: dignificar. Cuando explican a qué se refieren aluden a que una de las funciones del lugar es que se conozcan las *verdaderas* historias de los que ya no están (por muerte o desaparición), que se limpien sus nombres (Inforiente, 2010). La apuesta, según ellas, ha sido por un trabajo de dignificación en el que el dolor es lo compartido, más allá de que algunas de las personas a las que allí se conmemora hayan tenido una vinculación directa con los grupos armados que se disputaron el control del municipio. No se trata, por tanto, de una memoria militante, y en esto son enfáticas quienes realizan las guías de visita: «Nosotros acá estamos dignificando a esas personas... o sea, acá no se permite que alguien venga y señale alguno de esos rostros que hay ahí. ¿Qué este era «esto o aquello»? Qué pena, era un ser humano. No tenemos derecho nosotros a decir nada (Gloria Quintero, entrevista enero 2017)».

¿Nos encontramos, entonces, ante una experiencia «despolitizada»? ¿O pueden rastrearse otras formas de vérselas con lo social y lo político —tal vez desde una perspectiva micro—? Para Blair (2011), el terreno de la memoria y la subjetividad, en especial en las prácticas no oficiales de la memoria, hacen parte de una «política alternativa», alejada del Estado y sus grandes procesos. El poder así descentrado «se concibe como un poder en red, atravesando la vida social» (Blair, 2011, p. 23), y lo político de esas memorias «se expresa en lugares y en espacialidades diferentes, más cercanas, más familiares, más vecinales, más cotidianas (esto es, más micro) donde también se construyen relaciones de poder y desde las cuales se pueden entonces, organizar acciones de resistencia» (Blair, 2011, p. 23).

Con base en ese planteamiento, puede pensarse que la apuesta política del Salón no apunta tanto a establecer divisiones entre víctimas y victimarios concretos como a promover la reconciliación y el rechazo unánime a la guerra a partir del énfasis puesto en el dolor y la destrucción que los afectó a todos. De ese modo, lo que se privilegia (por encima de intereses ligados a grupos o partidos que juegan en la gran política tradicional) es la posibilidad de restablecer los lazos de convivencia cotidiana, propósito

que puede considerarse del orden de lo micropolítico en los términos planteados por Blair que acabamos de mencionar.

Jelin (2002) señala que los sentidos de las reinterpretaciones son activos y están movilizados por agentes sociales en pugna que tienen la intención de establecer y transmitir, cada uno, una narrativa del pasado que sea convincente y aceptada. En el caso del Salón del Nunca Más, quienes lo administran y se encargan de las visitas guiadas y la custodia de las bitácoras, manifiestan abiertamente que quieren hacer una transmisión en la que no se señalen las filiaciones políticas o la pertenencia a determinados grupos armados de algunas de las personas a las que allí se rinde homenaje, puesto que lo que les interesa es resaltar el rasgo común de humanidad que los abarcaría a todos, así como el hecho de que tienen familias y seres queridos que los lloran y han sufrido por lo que les pasó. Su énfasis en ese sufrimiento compartido, por encima de las ideas y actos de fractura, da cuenta de una vocación conciliadora que se conjuga con el nombre del sitio que regentan: parecen decir «Nunca más» a una guerra en la que han perdido y padecido todos.

Una lectura en profundidad de las bitácoras confirma, desde sus textos, que este propósito de no transmitir una memoria militante se cumple. Y esto sucede no tanto porque haya alguien constantemente recordándole a quienes escriben que la idea es no hacer señalamientos de las filiaciones ideológicas o la participación en determinados grupos —nadie lo hace—, sino porque los pobladores mismos no tienen un interés o una consciencia clara acerca de las diferencias entre los grupos enfrentados y sus objetivos económicos, políticos, militares.

Una niña, por ejemplo, le escribe a su padre —asesinado en una masacre paramilitar tres meses antes de que ella naciera—: «los que te separaron de mí fueron los de la guerra» (Bitácora 001IDAD, entrada 6). Otros se refieren a «esos malos», al genérico «guerrilla», sin especificar si es la de las FARC o la del ELN, o al conflicto armado: «Lastimosamente los conflictos Armados te llevaron a un abismo del cual jamas te volveremos haber» (Bitácora 006FHG, entrada 4)⁵. Las alusiones a los actores armados, además de ser inespecíficas, son poquísimas teniendo en cuenta que hay 233 bitácoras con escritos registrados (cada una de las cuales tiene un promedio de 15 entradas), además de tres cuadernos que contienen las impresiones de numerosos visitantes que han estado en el Salón desde su apertura: la guerrilla es mencionada dos veces en uno de los libros de visitas, los paramilitares (bajo la expresión «paracos») una sola vez en la bitácora 36, «los malos» y «los de la guerra», menos de diez veces en ambos formatos.

Un lugar de expresiones religiosas que toman protagonismo en las memorias

En contraste con lo anterior, Dios, la virgen, los ángeles, los santos y, en general, una serie de expresiones religiosas fuertemente ancladas en el catolicismo, son abundantes⁶ y sirven tanto como manifestación de resignación o aceptación de un destino que se

(5) En las transcripciones de los textos se conserva la forma de escritura original, sin realizar ningún tipo de corrección lexicogramatical.

(6) Sirva como ilustración el hecho que Dios es nombrado en 117 de las 233 bitácoras analizadas sin entrar a contar cuántas son las menciones específicas (puesto que en cada bitácora puede aparecer más de una vez).

asume como inevitable –«me gustaría mas que tu estuvieras aquí pero pá no te preocupes Que si Dios lo quiso así es porque tenía que ser» (Bitácora 186OG, entrada 1)– como para expresar consuelo o hasta regocijo porque la persona que perdió la vida se encuentra en un lugar mejor, deseable incluso desde la perspectiva de quienes habitan todavía «el valle de lágrimas» que es la vida terrena: «Noraldo cuanto te recuerdo te amo pero me conforto sabiendo que estas mejor aya serca de Dios» (Bitácora 010NJN, entrada 12).

La religiosidad, según se ve, se torna protagónica en este espacio de memoria, permea los propósitos de quienes lo administran y encuentra en las bitácoras una vía para expresarse y mostrarse ante los ojos de los visitantes, que son tanto habitantes del pueblo como gente llegada de otras ciudades y países. La resignación –en términos de conformidad ante los hechos o entrega a la voluntad divina– es el sentimiento más ostensible en las alusiones religiosas, así como la asunción de que el muerto está en una mejor condición y tiene la posibilidad de interceder por los vivos. Así, otra constante en las bitácoras son los pedidos de ayuda para recibir favores divinos.

Con todo, es importante resaltar que además del carácter eminentemente simbólico de las acciones que tienen lugar en el Salón del Nunca Más, ASOVIDA es una plataforma desde la cual las víctimas se informan y hacen valer sus derechos, presentan solicitudes y hacen seguimiento del estado de los procesos de reparación económica y simbólica que están en curso. Igualmente, hacen veeduría de los organismos públicos y privados que se involucran en tales procesos y, en tiempos de elección de alcaldes, proponen agendas de gobierno que presentan a todos los candidatos con el fin de evaluar el grado de compromiso de cada uno con las que consideran sus necesidades más importantes⁷.

Las bitácoras: la intimidad pública de las narrativas

Se ha sugerido anteriormente que las bitácoras constituyen un dispositivo de transmisión y elaboración de un pasado violento basado en la escritura, aspecto que, en la tesis doctoral realizada se trabaja en detalle a fin de demostrar que se trata de un género discursivo particular a través del cual se alcanzan dichos propósitos de transmisión y elaboración. Sin entrar a ahondar en todas las características a partir de las cuales se sustenta esa afirmación, se mostrarán aquí algunos de los rasgos relacionados con el tema que se viene desarrollando: la construcción de una intimidad pública derivada de un pasado violento.

Bitácoras en constante creación y resignificación

Es importante destacar, por una parte, que las bitácoras no son libros ni están terminadas, no tienen un solo autor y, aunque el destinatario directo es fundamentalmente uno –la persona a la que está dedicado el cuaderno especial denominado bitácora–, el hecho que estén a disposición de cualquiera que quiera leer o escribir hace de ellas un género discursivo híbrido entre el testimonio personal y la creación colectiva; entre lo íntimo y lo público, que tiene como rasgo distintivo que la mayoría de los escribientes

(7) Gloria Quintero. Entrevista realizada por Marda Zuluaga el 10 de abril de 2017.

no son personas con un nivel de escolarización que los haya preparado para este acto en términos formales, ni sujetos de los que pueda suponerse, al menos en principio, que tengan una inclinación hacia la escritura como medio de expresión de su mundo interior. Por otra parte, lo que da valor y sentido a la escritura que se hace en las bitácoras no es la capacidad de redacción o la corrección formal de los textos en términos estilísticos o lexicogramaticales, pero tampoco, como podría suponerse a partir de otras experiencias memorialísticas asociadas a la violencia política⁸, el hecho que quienes dejan mensajes son familiares o conocidos cercanos de las víctimas, si bien son ellos los que escriben con mayor regularidad.

Tal como se dijo antes, a veces, leer una bitácora es como estar profanando un diario que cuenta detalles de vidas ajenas; en otros casos, como husmear por la ventana de una casa familiar mientras sus habitantes conversan o, finalmente, acceder a la correspondencia de alguien que no puede leerla ya. Sin embargo, no hay tal profanación: la escritura está dispuesta en un lugar público, de tal modo que es legítimo leerla. Las hijas e hijos, los sobrinos, las esposas, los amigos, los nietos, e incluso los pretendientes o amantes de los sujetos de la bitácora *exponen* allí —en el doble sentido de hacer visible y dejar a merced de la acción de otros— lo que sienten, lo que piensan, lo que viven desde que la guerra se ensañó con ellos.

Los textos tienen un fuerte componente emocional y, por eso, desde la teoría de los actos de habla de Searle (1994), puede afirmarse que en las bitácoras predominan los actos expresivos: aquellos que dan cuenta del estado psicológico de quien enuncia, sea oralmente o por escrito. Así, la fuerza ilocutiva de una inmensa mayoría de los mensajes dejados en las bitácoras está dada por verbos afectivos: extrañar, recordar, acongojarse, sentir rabia/tristeza, aceptar, desear, lamentar, rechazar, reflexionar, añorar, agradecer, reconocer, desahogar, culpar...

Diferentes modos de escribir, de hablar, de mostrarse

En cuanto al modo de organización narrativa, es perceptible que, en una inmensa mayoría de los casos, la estructura de los mensajes está compuesta por un saludo, un acto expresivo o representativo —los actos representativos son aquellos que describen estados de cosas del mundo real—, una despedida y la firma de quien escribe, lo que se asemeja al género epistolar, si bien se trata de cartas que no son enviadas a ningún lugar y cuyo destinatario ideal no está en condiciones de leer el mensaje. Sin embargo, se sigue el esquema propio de las cartas y el estilo de escritura es tal que parece que el remitente diera por hecho que su misiva será recibida por el sujeto de la bitácora, por ejemplo:

(8) Un ejemplo de esto lo encontramos en la sala permanente *Vidas para ser contadas* del Museo Provincial de la Memoria de Córdoba, en Argentina, que incluye fotografías, objetos y relatos proporcionados por amigos, familiares, vecinos o compañeros que tuvieron una relación de proximidad con las víctimas. Uno de los objetos principales de esta exposición lo constituyen los álbumes, cuadernos también de muy diversa índole diseñados por amigos o familiares (no son idénticos, como las bitácoras del Saló del Nunca Más) en los que se «cuenta la historia de un desaparecido, de un ser humano con rostro, con nombre y apellido, historias, elecciones». (Fragmento recuperado de la placa instalada al ingresar a la exposición. Visita realizada en julio del 2011).

«Mazamorro»

Parcero hoy que te veo despues de tanto tiempo recuerdo los buenos momento que vivimos los duros momentos que pasamos juntos pero me alegro de verte y saber que no te han olvidado y no te olvidaremos.

Lo unico que te digo es que en todo este tiempo que no has estado Pensamo y nos reimos de lo bueno que pasamos nunca se me olvidara las palabras que dijo el padre [tachón] Climaco.

«EN LA FINCA GRANDE NOS VEREMOS»

(Bitácora 189JFGG, entrada 4)

En otros casos, las entradas —aunque sigan estando dirigidas al sujeto de la bitácora y lleven, a veces, una firma al final— tienen los matices propios de un diario personal, en el que se detallan eventos del día a día y se incluyen algunas reflexiones sobre lo sentido y lo vivido. El subgénero diario personal se percibe sobre todo en aquellas bitácoras en las que algún familiar en particular ha escrito de manera reiterada, acción que va dejando huellas de las transformaciones subjetivas por las que ha pasado a lo largo del tiempo y en la que se transparenta, además, cierta clase de vínculo muy fuerte que ha establecido esa persona con la bitácora y el hecho de escribir en ella, aun si esto implica hacer pública una parte de su intimidad. La siguiente entrada está al comienzo de una bitácora en la que es la misma mujer, esposa del difunto, quien escribe con mayor frecuencia. Aquí no hay fecha, saludo ni propiamente una despedida; se trata de una evocación del último día de vida de su esposo Héctor:

«RECUERDO EI UITIMo DIA DE TU VIDA QUE TE

AMANECISTES MAS ENAMORADO DE MI ME DECIAS

TANTAS COSAS LINDAS COMO SI APENAS ME

UBIERAS CONOCIDO Y NO HERA QUE APENAS

ME HABIAS CONOCIDO SINO EL ULTIMO DIA DE

NUESTRAS VIDAS JUNTOS.

TE QUIERO»

(Bitácora 023HEQR, entrada 4)

Otra ilustración de esa intimidad hecha pública, que evoca una conversación cotidiana, la encontramos en la voz de una niña de trece años que le cuenta a su papá cómo se siente respecto a él y le pide consejo sobre una relación amorosa en ciernes:

Hola papi yo te extraño mucho como casi toda mi vida papi ya han pasado 10 años desde que te fuistes te quiero decir que yo voy a cumplor mis 13 años en 11 de agosto de 2011 y tambien quiero decirte que yo quiero a un niño que se llama Jhon estven y quiero que me digas si el siento algo bueno por mi... (Bitácora 013NSQ, entrada 23).

A pesar de que algunas personas expresan su incomodidad ante el hecho que las bitácoras sean de libre acceso, terminan finalmente por escribir y dejar constancia incluso de sus reservas, lo que lleva a pensar que a las bitácoras se les atribuye una carga simbólica que hace que tenga más sentido y valor lo que se escribe en ellas que lo que pudiera llegar a expresarse en cuadernos o soportes más confidenciales. Es el caso de la esposa de Iván, el hombre asesinado en una masacre ya referida cuando ella se encontraba esperando a su tercera hija:

Darío quise venir hoy para desaogar la tristeza de recordar que ace 11 años partiste. te escribo poco por- que pienso que esto lo ve todo el mundo pero hoy no puedo contenerme. te queremos mucho y nunca te olvidaremos. (Bitácora 001, IDDA, 22-04-12)

Transformaciones que se dejan leer

La permanencia en el tiempo del Salón del Nunca Más, así como la apropiación que algunos de los familiares han hecho de las bitácoras, hace posible que, pasados tantos años de su apertura, se haga un seguimiento de las variaciones y persistencias discursivas de aquellos que han escrito de manera continuada. Poder situar los mensajes en una línea diacrónica y observar lo que sucede, tanto en la forma como en el contenido de los mensajes, es una vía para detectar los tipos de elaboraciones realizadas por personas fuertemente afectadas por el conflicto, identificando ideas o creencias que las permean, así como cuál es el papel de los discursos familiares, o qué clase de eventos o situaciones son de más difícil elaboración y tienden a permanecer invariables en la representación de algunos sujetos.

Se habla de variaciones en la forma y en el contenido puesto que hay casos en los cuales los escribientes más asiduos iniciaron sus intervenciones en las bitácoras durante la infancia, con lo que tanto el nivel de complejidad de lo dicho como la caligrafía van cambiando ante los ojos de quien lee. Es el caso de dos niñas —Soraya y Andrea—, cuyos padres murieron estando una por nacer y la otra muy pequeña. Comparten, además, que ellos no son los únicos familiares que perdieron durante la guerra, así que sus escritos pueden encontrarse en más de una bitácora.

El caso de Andrea, poner en cuestión al destino

En el caso de Andrea, le escribe tanto a su padre —asesinado por miembros del ejército en el año 2002 y presentado como guerrillero dado de baja en combate⁹— como a su hermano, quien estuvo desaparecido por ocho años y cuyos restos fueron entregados a la familia en diciembre de 2016. El primero de sus escritos es del año 2010 y el último de abril de 2016. Es llamativo que en las bitácoras no haya mención —ni por parte de ella ni de las otras personas que escriben— de las condiciones de sus familiares en el contexto de la guerra, aun cuando las denuncias por falsos positivos tuvieron gran relevancia nacional a partir del año 2006, momento en que se hizo pública la práctica de ejecuciones extrajudiciales por parte de miembros del ejército para mostrar resultados en su «lucha antiterrorista» y obtener los beneficios otorgados por el gobierno de Álvaro Uribe Vélez a los militares con mayor número de bajas. Otro motivo que despierta inquietud al respecto es que dos militares fueron condenados por este asesinato en abril del 2010¹⁰, y en la bitácora del padre hay escritos posteriores a esa fecha, ninguno de los cuales hace referencia a esta sentencia judicial.

En cuanto a la desaparición de su hermano, Andrea menciona en una entrada sin fecha, situada entre el 2014 y el 2016 de acuerdo con su ubicación espacial en la bitácora, que él «se fue» y resultó asesinado buscando venganza, y del mismo modo se expre-

(9) Estos casos de ejecución extrajudicial en los que miembros del ejército reportan combates inexistentes y presentan luego a campesinos o muchachos provenientes de barrios marginales como guerrilleros dados de baja en medio de la confrontación, son conocidos como «falsos positivos».

(10) Dos de los periódicos de mayor circulación en el país registraron esta condena. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7578688>, <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/articulo197922-capturados-dos-militares-mas-falso-positivo> [acceso: 17.3.2021].

san la madre y otras de las hermanas: hablan de que «partió», «se fue» o «ya no está», pero sólo se nombra directamente la desaparición en una de las 45 entradas que tiene su bitácora. En la ficha de identificación consta que este fue el hecho victimizante sufrido por él, información corroborada por las búsquedas en prensa nacional¹¹. Como ya se mostró, la omisión de referencias concretas al conflicto armado o a la guerra es una constante en las 233 bitácoras, aspecto que puede ser un indicio del escaso involucramiento político de los pobladores de este municipio o, cuando menos, de que no perciben el conflicto armado como efecto de la acción de grupos concretos, cada uno con sus propios intereses. Esto evoca lo que planteara Daniel Pécaut (2004), uno de los principales analistas del conflicto colombiano, cuando decía que los campesinos del país hablaban en la década de los cincuenta como si «la violencia» fuera un ente que cada tanto pasa por sus territorios de manera irremediable:

Prevalece la convicción de que siempre está presente la misma violencia, una violencia que no está relacionada con actores específicos, sino que toma el aspecto de una fuerza bárbara que escapa al control de todo el mundo. Durante la Violencia de la década de 1950, muchos campesinos decían: «llegó la Violencia» como si se tratase de un ente concreto. En el momento actual, como ya lo mencionamos, no siempre se nombran a los actores, como si se tratara de fenómenos que van más allá de lo que estos hacen. (Pécaut, 2004, p. 94)

En lugar de buscar el establecimiento de responsabilidades concretas o, en su defecto, reconocer que la tristeza que los embarga y el desbarajuste de sus vidas es consecuencia de una guerra que los ha circundado por décadas, un alto porcentaje de las personas parece asumirlo como parte del destino, de un plan trazado por Dios que no hubiera más remedio que aceptar. Esto vuelve a poner de manifiesto el poderoso arraigo del discurso religioso, católico, entre los habitantes de Granada, si bien hay que decir también que en muchos de los textos se entrevén cuestionamientos y ambivalencias ante una resignación que se escribe con palabras pero que se desdice en la recurrencia de las preguntas o en los lamentos que no cesan.

El caso de Soraya, reconocer las marcas de la guerra

Soraya, la otra niña cuya escritura se toma aquí para ilustrar cómo las bitácoras sirven para transmitir y para elaborar un pasado violento, escribe en tres: la del padre y las de dos tíos, todos muertos en la misma masacre¹². Siguiendo sus trazos y sus dichos se puede ser testigo del cúmulo de emociones encontradas que la acompañan a lo largo de los años en que escribe. Sus mensajes abarcan los años 2010 a 2014: hay diez para su padre; ocho para un tío y tres para el otro. Es una de las pocas escribientes que, en ciertas ocasiones, maldice o insulta: «malditos los que te separaron de mí» o «malparidos los que te mataron» son frases que usa en varias ocasiones en dos de las bitácoras. Además, en una ocasión, manifiesta su deseo de venganza: «Malparidos los que te separaron de mi por que si esos estupidos estuvieran aca de frente tambien los mataria a 3 familiares al mismo dia eso es imperdonable» (Bitácora 228HDA, entrada 21). Algo especial de ese texto es que en la misma fecha escribió también en la bitácora de su

(11) Según una noticia del periódico *El Mundo*, de diciembre de 2016, sus restos fueron entregados a la familia. Recuperado de: <http://www.elmundo.com/portal/pagina.general.impression.php?idx=167784> [acceso: 19.3.2021]

(12) Es conocida por los pobladores como la masacre de El Vergel, por alusión a la vereda en la que fue cometida. Al respecto, véase: <http://rutasdelconflicto.com/interna.php?masacre=537> [acceso: 16.2.2021].

papá, pero allí no hay imprecaciones ni señales de ira. Es algo que sucede en otras dos ocasiones, como si ante el padre intentara mostrarse más sosegada, correcta en los modales, mientras que ante su tío, asesinado a los 17 años, pareciera encontrar un par ante el que puede mostrarse más abiertamente.

Los cambios en el uso del lenguaje no son particularmente notorios, pero sí lo son aquellos que tienen que ver con su estado emocional y su actitud hacia los perpetradores: a partir del año 2012 desaparecen los insultos y maldiciones y, en una ocasión, incluso afirma haber perdonado. Si bien no es posible conocer los procesos que llevaron a este cambio de postura, se confirma el valor otorgado a la bitácora como dispositivo simbólico en el cual dar cuenta y dejar constancia de las transformaciones que se van dando con el correr del tiempo. Un último aspecto que merece ser relevado es la marca que en la identidad de Soraya dejó el hecho de no haber nacido todavía cuando ocurrió la masacre: en ocho de las entradas escritas por ella habla de que no los pudo o no la pudieron conocer y esto se vuelve un rasgo definitorio que se expresa en su firma: «la hija que nunca pudistes conocer» (Bitácora 001IDAD, entrada 5), «Soraya la sobrina que nunca conocistes» (Bitácora 228, entrada 18). Ella, desconocida y *desconociente* (si se nos permite el neologismo) es una de las voces más elocuentes a través de las cuales se dan a conocer los estragos producidos por la guerra. La bitácora de su padre está siempre exhibida en el Salón del Nunca Más y sus mensajes son leídos a los visitantes como una muestra del sentido que tienen esos cuadernos para las víctimas del municipio.

Cambios que provoca la escritura realizada en las bitácoras

En ambos casos es posible notar variaciones y recurrencias: al comienzo, cuando las dos tenían alrededor de 9 o 10 años, los mensajes eran más fragmentarios, breves, pero también más emotivos y espontáneos, a veces incluso desparpajados, con alguna anotación jocosa o marcas gráficas (caras, corazones, nubes, intervenciones en el tamaño y la forma de los nombres) que sugieren la coexistencia de cierta alegría o inocencia infantil junto a un profundo sentimiento de dolor y malestar. No es irrelevante que, de acuerdo con las pistas que sobre sí van dejando los que escriben, quienes más lo hacen sean chicas y chicos que están transitando hacia la adolescencia, un período que en la sociedad occidental suele estar signado por una serie de preguntas sobre la propia identidad. El sentimiento de orfandad se expresa una y otra vez como un reclamo sutil pero indeleble que toma a veces la forma del anhelo más natural y más irrealizable: que esas muertes no hubieran sucedido.

Hay algunas diferencias en la apelación a componentes espirituales y religiosos para explicarse o volver más aceptable lo que se ha tenido que vivir, pero es claro que se va dando un tránsito de la rabia o la desesperación a un estado en apariencia más sosegado. También lo es que se pasa de una escritura más asidua a una espaciada que finalmente queda suspendida: después del 2014 en un caso, y del 2016 en el otro, no hay más mensajes en estas bitácoras, al menos no en el período de registro para el proceso de investigación realizado el año 2017.

Uno de los usos públicos del pasado que se da a través de las bitácoras es entonces la elaboración del sufrimiento personal. Eso no quiere decir, por supuesto, que esa sea la única instancia elaborativa, pero a partir de lo que está escrito (lo que se deja leer) es posible rastrear, como se mostró, variaciones en el discurso que son el eco de lo que

pasa en la subjetividad de quienes escriben. Las palabras, los estilos, los temas, se transforman o, en algunos casos, permanecen como signo de lo que no ha logrado, justamente, ser elaborado. Volver una y otra vez sobre lo mismo, con un dolor que parece no menguar o que, incluso, en ocasiones se exagera, habla de una dificultad persistente para moderar el sufrimiento, cosa que es especialmente evidente en el caso de los familiares de personas desaparecidas.

Entre palabras y silencios: efectos de una escritura no mediada

Es momento de retomar algo que se dejó abierto en el primer apartado: ¿es la escritura, necesariamente, una forma de opresión cuando de comunidades vulnerables se trata? Aun reconociendo lo que de metafórico puede tener la expresión, ¿no hay una gran arrogancia en asumir y repetir con tanta naturalidad que las víctimas marginales necesitan que otros —los investigadores, los comunicadores, los defensores de DDHH— les den voz? La experiencia de las bitácoras pone sobre la mesa hechos que interrogan estos lugares comunes: en 233 de 253 bitácoras que reposan en el Salón hay una escritura de puño y letra de niñas y niños, de mujeres y hombres, en su mayoría campesinos o de origen muy humilde, que no necesitaron participar de ningún taller o proceso formativo puntual para tomar la decisión de dejar sus inscripciones en los cuadernos destinados a sus seres queridos. Tomaron la palabra por su cuenta, a su manera, sin preocuparse por la corrección formal de sus escritos y sin precisar de la mediación de algún profesional que guiara o promoviera la escritura para dar forma a su dolor.

Si bien es cierto que el dispositivo particular de las bitácoras surgió a partir de la sugerencia realizada por una artista, también lo es que, en la práctica, la comunidad granadina se apropió de ellas de una manera distinta a aquella que les fue propuesta, lo que evidencia su papel activo y muestra que los actos de aparente empoderamiento —de parte de la artista para con las víctimas— y de sumisión/aceptación —por parte de la comunidad— tienen más de una cara y expresan tensiones entre ambas posiciones que, en este caso, se resuelven entre la asunción del objeto bitácora como representante de un ser querido que falta y su adopción como medio para mantener vivo el lazo con él. Así, la bitácora está ahí no tanto para dar un testimonio de lo que *fue* su vida, sino para dejar constancia de cómo *es* aquella vida que sigue para los que quedaron, en donde caben el desamparo y la tristeza, pero también la alegría por los logros escolares o los nuevos nacimientos que agrandan la familia.

Quizá en la sencillez de los textos y lo que en ellos se cuenta, y en su construcción aparentemente precaria —por la baja densidad léxica o las «fallas gramaticales»— pero absolutamente transparente, reside la potencia de las bitácoras como vehículo de memoria. Alguna vez, una estudiante que me ha acompañado en el proceso investigativo y que leyó para sus clases uno de los capítulos del informe más completo que se haya realizado hasta ahora sobre el conflicto armado, titulado *¡Basta ya!* (Grupo Nacional de Memoria Histórica, 2013), decía que había quedado mucho más conmovida después de leer algunas bitácoras, pese a que en ellas no se describían los horrores que en el informe sí. No es que el *¡Basta ya!* la haya dejado indiferente, pues conocer las cifras que han dejado más de cinco décadas de guerra y el tipo de prácticas atroces que fueron perpetradas por todos los actores le causó un gran impacto y la llevó a percatarse de que no era consciente de la magnitud de lo que ha venido pasando en su país. Sin embargo, la proximidad afectiva que suscitan las bitácoras, desde el contacto con la caligrafía de personas concretas que narran lo que sienten sin grandilocuencia, sin pensar en lecto-

res distintos a aquel que motiva sus palabras —y que no podrá leerlos nunca—, tiene un efecto movilizador de empatía que termina por provocar esos efectos de conmoción o, como en el caso de este visitante, dar la impresión de que se acaba de conocer a alguien:

Hola Arley. Hoy llego a visitar el municipio de granada que no conocía, es muy hermoso sus montañas y su gente. Meda mucha tristeza que gente tan hermosa y humilde haya vivido y viva aún semejante violencia. Eres un niño muy lindo. Ojala te encuentres bien. Solo tengo palabras para decirte porque me embarga una gran tristeza.

Envió mucha fortaleza a tus familiares, para que encuentres tranquilidad en la vida que viene y que continúe firme con la esperanza que nunca debería perderse.

Me Encantó haberte conocido hoy

Domingo 6 de Julio 2014

¡¡Abrazos y besos llenos de esperanza!!

(Bitácora 128AQL, entrada 22)

Pero quizá no es eso, o al menos no solamente eso, lo que hace de las bitácoras un dispositivo con tanto valor simbólico para transmitir un pasado violento. Siguiendo a Felman (2017) y su forma de rastrear lo que está inscrito en los silencios de Benjamin, en aquello que el filósofo no dice pese a todo lo que escribe acerca de la Guerra, puede afirmarse que en las bitácoras hay también un *excedente de sentido* del que un lector atento y sensible puede percatarse más allá de las palabras efectivamente enunciadas. Tal vez, entonces, lo que conmueve la afectividad de visitantes y lectores no es tanto lo que las hijas, los sobrinos, las esposas o los nietos dicen sino lo que dejan entrever en esa escritura sencilla —desde el punto de vista del que lee— pero evidentemente difícil para ellos, en muchos niveles: la vida mancillada que les dejó la guerra y sus maneras de seguir en ella, las tensiones familiares, las angustias, las decisiones que se han tomado, la existencia de secretos que pesan.

Colombia, como nación, es nueva en la búsqueda de hacer memoria a gran escala. Es relativamente reciente también el interés que suscitan los memoriales comunitarios como este, pues la guerra ha sido un asunto que le importa sobre todo a los directamente afectados y a los académicos que llevan décadas tratando de explicar de dónde viene y por qué ha durado tanto. Sólo en el año 2013, junto con la presentación oficial del informe *¡Basta ya!*, se declaró el 9 de abril como día de la memoria y la solidaridad con las víctimas del conflicto armado. En tal contexto, se hace necesario reivindicar la importancia que tiene cada tipo de relato: las cifras asépticas, escandalosas pero abstractas, que fueron los de mayor difusión cuando se hizo público el informe, requieren ser complementadas con descripciones detalladas que revelen las formas de proceder de los distintos implicados en la confrontación y sus lógicas subyacentes, así como con historias concretas que le den rostro y asiento humano a lo sucedido. Se trata de piezas dentro del inmenso proyecto de una memoria-collage que no puede construirse de otra manera que mediante una creación colectiva.

En una sociedad fuertemente anestesiada por los prolongados años de conflicto armado, una exposición del pasado que apela a los relatos personales y a la emotividad parece ser más eficaz en términos de despertar empatía e interés en quienes no vivieron de cerca la guerra. En ese terreno abonado por la sensibilidad, ¿se tornará más probable que nazca una inquietud por aproximarse a comprensiones más analíticas, que ahonden en las causas de lo que le ha pasado al país como sociedad? Con-mover,

con toda su carga etimológica de mover o agitar los sentimientos de manera completa, cabal –que es lo que se desprende del prefijo *com-*, puede ser un paso necesario para un país que se habituó a tener la barbarie enfrente y no mirarla, pues la aparente normalidad que se seguía viviendo en los grandes centros urbanos facilitó que se instalara una pantalla de opacidad sobre algo que daba la impresión de no tocarlos a todos. Las bitácoras del Salón del Nunca Más, con o sin proponérselo, hacen parte de este tipo de propuestas en las que la afectividad juega un papel central para despertar interés por el conflicto armado.

A juzgar por la cantidad de visitantes que recibe cada semana, las reseñas que le han hecho en medios nacionales e internacionales o la constante presencia de estudiantes que son llevados por sus profesores, de personas que vuelven luego de una primera visita con sus familias y de quienes se acercan a conocerlo por algo que leyeron o les contaron sobre el lugar, es un hecho que el Salón ha logrado instalarse como un referente para saber del pasado violento del país.

Referencias

- Aranguren, J.P. (2010) «De un dolor a un saber: cuerpo, sufrimiento y memoria en los límites de la escritura». *Papeles del CEIC*, 63. Recuperado de: <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/63.pdf>. Consultado 11 de febrero de 2022.
- Blair, E. (2011) «Micropolíticas de la(s) memoria(s): El sentido político de la dignidad». *Desde la Región*, 54, pp. 19-30.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2016) *Granada. Memorias de guerra, resistencia y reconstrucción*. Bogotá, CNMH – Colciencias – Corporación Región.
- Felman, S. (2017) «El silencio de Benjamin», en De Gamboa, C. y Uribe, MV. *Los silencios de la guerra*. Bogotá, Universidad del Rosario, pp. 29-84.
- Grupo de Memoria Histórica (2011) *San Carlos. Memorias del éxodo en la guerra*. Bogotá, Taurus.
- Grupo de Memoria Histórica (2013) *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá, Imprenta Nacional.
- Inforiente (2010) *Salón del Nunca Más, dolorosamente hermoso para recordar la guerra*. Verdad abierta. Recuperado de: <http://www.verdadabierta.com/despojo-de-tierras/2624-salon-del-nunca-mas-dolorosamente-hermoso-para-recordar-la-guerra> [acceso: 03.02.2021]
- Jelin, E. (2002) *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI.
- Luengas, L. (2011) *Entre nosotros*. Exposición presentada en la Universidad del Rosario (Bogotá). Recuperado de: <https://repository.urosario.edu.co/handle/10336/8250> [acceso: 30.04.2021]
- Pécaut, D. (2004) «Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible», en *Memorias en conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea*. Lima, IEP-IFEA.
- Ricoeur, P. (2004) *Tiempo y narración I. La configuración del tiempo en el relato histórico*. México, Siglo XXI.
- Salón del Nunca Más (19 de septiembre de 2013). BienvenidosSalón [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=h8ftCsnUFOg> [acceso: 12.01.2021]
- Salón del Nunca Más (19 de septiembre de 2013). Impacto [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=6uGFEoH9wTM>
- Searle, J. (1994) *Actos de habla*. Barcelona, Planeta-Agostini.

Les bitàcoles de l'espai "Salón del Nunca Más" de Granada: efectes transformadors d'una escriptura no mediada

Resum: L'article mostra els resultats d'una recerca sobre els processos de transmissió i elaboració d'un passat violent a través de les bitàcoles exposades a l'espai "Salón del Nunca Más" del municipi semi-rural de Granada (Departament d'Antioquia, Colòmbia), un lloc de memòria sobre el conflicte armat colombià. S'analitza l'ús que la població fa de l'escriptura per a expressar els impactes del conflicte en les seves vides. Les produccions escrites (moltes són de dones) queden registrades a les bitàcoles, i permeten observar els processos d'elaboració subjectiva sobre les violències viscudes. També expressen les formes de resignificació i reconciliació que es van definint a través d'un procés d'escriptura que és íntim i alhora es fa públic. Es mostra així com les vivències personals conformen una memòria col·lectiva del conflicte armat.

Paraules clau: Colòmbia, conflicte armat, violència, bitàcola, escriptura, comunitat, dones, reconciliació, memòria

Le cas des journaux du Never Again Hall à Granada: effets transformateurs d'une écriture non médiatisée

Résumé: L'article traite des processus de transmission et d'élaboration d'un passé violent menés à travers les journaux du Never Again Hall, lieu de mémoire du conflit armé colombien situé dans la municipalité de Granada (Antioquia, Colombie). Il analyse le rapport particulier à l'écriture qui existe dans un village semi-rural, où le plus grand nombre de victimes du conflit étaient des paysans peu scolarisés, et l'usage qu'ils en font pour rendre compte des impacts du conflit sur leur vie. L'article soutient que dans ces écrits, il est possible, en outre, de retracer des processus d'élaboration subjective au sujet des implications de la violence. Enfin, à partir des messages laissés par des tiers dans les journaux et dans le livre d'or du Hall, on en déduit les possibles effets de cette douloureuse intimité rendue publique dans le Never Again Hall.

Mots-clés: Colombie, conflit armé, violence, blog, écriture, communauté, femmes, réconciliation, mémoire

The Salón de Nunca Más blogs in Granada: the transformative effects of unmediated writing

Abstract: The paper deals with the processes of transmission and elaboration of a violent past based on the records of the Salón del Nunca Más, a place of memory of the Colombian armed conflict located in the municipality of Granada (Antioquia, Colombia). The article analyses the particular relationship with writing that occurs in a semi-rural town in which the greatest number of victims were peasants with low levels of schooling. We also analyse the use they make of these writings to account for the impacts of the conflict on their lives. It is argued that in these writings it is also possible to trace subjective elaboration processes. Finally, based on the messages left by third parties in the logbooks and guest books, we deduce possible effects of that painful intimacy that is made public in the Salón del Nunca Más.

Keywords: Colombia, armed conflict, violence, blog, writing, community, women, reconciliation, memory